

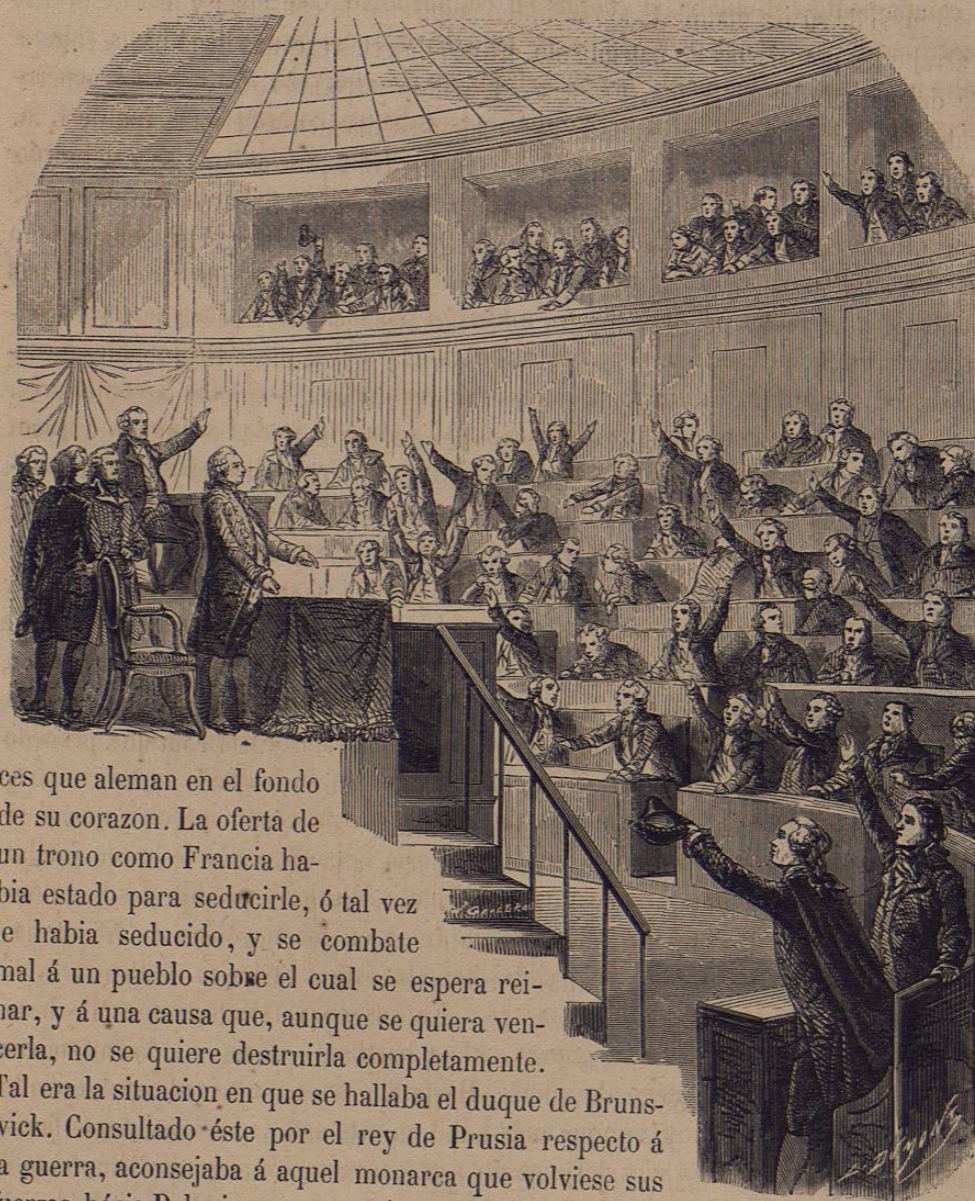
los campamentos. Reinaba el duque en conformidad con los principios de los sabios, pero vivía según los ejemplos de los sibaritas. Su alma de soldado, que se dejaba impresionar fácilmente por la belleza, no se enervaba, sin embargo, en las delicias del amor; porque si es cierto que entregaba su corazón á las mujeres, se reservaba en cambio su cabeza para atender á su gloria, á la guerra y al gobierno de sus Estados. Mirabeau, siendo todavía joven, se había detenido en su corte, cuando iba á Berlin á iluminarse con los últimos resplandores del gran Federico. El duque de Brunswick había hecho aprecio de él, porque estos dos hombres, tan distintos por su rango, se parecían sin embargo por sus cualidades y sus defectos. Ambos eran revolucionarios; pero por la diferencia de sus posiciones y patrias respectivas, el uno estaba destinado á hacer una revolución, y el otro á combatirla.

Sea como fuere, ello es que Mirabeau fué seducido por el soberano á quien estaba encargado de seducir. «La figura de este príncipe—dice en su correspondencia reservada—anuncia su profundidad y finura. Habla con elegancia y precisión, tiene una instrucción admirable, es laborioso y perspicaz, y mantiene inmensas correspondencias debidas únicamente á su mérito, siendo económico hasta en sus pasiones. Su querida, la señorita de Hartfeld, es la persona más racional de su corte. Verdadero Alcibiades, ama el placer, pero nunca le antepone al trabajo. En el papel que desempeña de general prusiano, nadie se levanta ántes, nadie es más activo, más minucioso ni más exacto que él. Bajo un exterior calmado que procede del dominio que ejerce constantemente sobre sí mismo, su brillante imaginación y su ambiciosa fantasía le arrebatan algunas veces; pero la circunspección que él se impone y el cuidado reflexivo de sostener su gloria le contienen y le hacen vacilar algunas veces, siendo éste quizá su único defecto.» Mirabeau predijo desde entonces al duque de Brunswick la influencia suprema en los negocios de Alemania, después de la muerte del *gran rey*, como llamaba ésta á Federico de Prusia.

Tenia entonces el duque cincuenta años. En sus conversaciones con Mirabeau se disculpaba de su amor á la guerra. «Las batallas—decía un día al viajero francés—no son sino un juego de suerte. Hasta ahora yo no he sido desgraciado en ellas. ¿Quién sabe si hoy, aunque más hábil en este arte, seré igualmente favorecido por la fortuna?» Un año después de esta conversación, invadía triunfante á Holanda á la cabeza de las tropas inglesas. Algunos años después, Alemania le designaba para ser su generalísimo.

Pero la guerra con Francia, que halagaba su ambición como soldado, repugnaba á su alma como filósofo. Conocía que combatiría muy mal unas ideas en las cuales se había criado. Mirabeau había dicho de él aquellas palabras notables que profetizaban su molición y las derrotas de la coalición guiada por aquel príncipe: «Este hombre es de un temple raro, pero es demasiado sabio para ser temido por los sabios».

Estas palabras explican la oferta de la corona de Francia hecha al duque de Brunswick por Custine en nombre del partido monárquico de la Asamblea. La francmasonería, esa religión subterránea en la cual se habían afiliado casi todos los príncipes reinantes en Alemania, cubría con sus misterios las inteligencias secretas que mediaban entre la filosofía francesa y los soberanos de las orillas del Rhin. Hermanos en una conjuración religiosa, no podían ser enemigos muy encarnizados en política. El duque de Brunswick era más ciudadano que príncipe, y más fran-



ces que aleman en el fondo de su corazón. La oferta de un trono como Francia había estado para seducirle, ó tal vez le había seducido, y se combatía mal á un pueblo sobre el cual se espera reinar, y á una causa que, aunque se quiera vencerla, no se quiere destruirla completamente. Tal era la situación en que se hallaba el duque de Brunswick. Consultado éste por el rey de Prusia respecto á la guerra, aconsejaba á aquel monarca que volviese sus fuerzas hácia Polonia para conquistar provincias, en vez de ir á Francia á conquistar principios.

El rey propone la guerra á la Asamblea.—Pág. 354.

III

El plan de Dumouriez era separar á Prusia de Austria en cuanto de él dependiese, para no tener que habérselas sino con un solo enemigo. La unión de estas dos potencias, rivales naturales y envidiosas, le parecía tan contraria á naturaleza, que trataba de impedirlo ó romperlo. El odio instintivo del despotismo contra la libertad burló todas sus previsiones. Rusia, por el gran ascendiente de Catalina, forzó á Prusia y Austria á hacer causa común contra la revolución. El joven emperador Francisco I se disponía en Viena á pelear, más bien que á entrar en negociaciones. El príncipe de Kaunitz, primer ministro suyo, respondía á las notas de Dumouriez en un lenguaje que envolvía un reto á la Asamblea nacional.

Dumouriez comunicó estas notas á aquella corporación, y se anticipó el des-

ahogo justo de su ira manifestando la indignacion que le causaban y prorumpiendo en arranques entusiastas de patriotismo. El eco de estas escenas llegó hasta el gabinete del emperador en Viena. Francisco I, pálido y trémulo de ira, riñó ásperamente á su ministro por su lenidad. Todos los dias iba á casa del príncipe de Kautitz, y sentado al lado de su cama, asistia á las conferencias que se celebraban entre este anciano y los enviados de Prusia y Rusia que estaban encargados por sus soberanos de fomentar la guerra. El rey de Prusia pedia exclusivamente para sí la direccion de la campaña. Proponia éste una invasion repentina en el territorio frances como el medio más á propósito de economizar sangre y hacer que, sorprendida la revolucion y aterrada con aquel inesperado golpe, diese tiempo á que estallase en Francia la contrarevolucion, como sucederia infaliblemente segun el decir de los emigrados, que habian logrado persuadirselo tambien así al emperador. Leipzig fué el punto señalado para una entrevista entre el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe, general de las tropas del emperador, con objeto de concertar ciertas medidas para la próxima guerra. Continuaban, sin embargo, en Viena unas conferencias de mera fórmula entre Mr. de Noailles, embajador de Francia, y el conde Felipe de Cobentzel, vicecanciller de corte. Estas conferencias, en las que se luchaba por conciliar dos principios cuya conciliacion no era posible, á saber, la libertad de los pueblos y la soberanía absoluta de los monarcas, no produjeron sino mutuas reconvencciones. El *ultimatum* de Mr. de Cobentzel rompió las negociaciones é hizo estallar la guerra en cuanto fué conocido en Paris. Dumouriez la propuso en el Consejo y arrastró al rey á que fuese él mismo á proponerla á la Asamblea. «El pueblo—le dijo—creerá en vuestra adhesion á las instituciones el dia que os vea abrazar su causa y combatir á los reyes para defenderla.»

Rodeado el rey de todos sus ministros, se presentó inesperadamente en la Asamblea al salir del Consejo. La sala quedó en un sombrío silencio en cuanto le vió entrar, presintiendo lo que iba á decir. En efecto, despues de la lectura de todas las notas que habian mediado entre Francia y Austria, el rey, en cuanto Dumouriez acabó de leerlas, añadió con voz conmovida pero firme las siguientes palabras: «Ya acabais de oír la relacion que se ha hecho en mi Consejo y las resoluciones que se han adoptado en él por unanimidad, con las que estoy enteramente conforme. Ahora que he agotado todos los medios de mantener la paz, vengo, segun los términos de la Constitucion, á proponeros formalmente la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia».

Dichas estas palabras, salió el rey de la Asamblea en medio de los gritos entusiastas del salon y de las tribunas. El pueblo se agrupó para verle pasar, y Francia estaba segura de sí misma por ser la primera en atacar á toda Europa conjurada en contra suya. Les parecia á todos los buenos ciudadanos que los disturbios interiores desaparecerian ante esta gran accion exterior de un pueblo que defiende sus fronteras. Opinaban tambien que la causa de la libertad iba á fallarse en algunas horas en los campos de batalla, y que la Constitucion no necesitaba sino obtener una victoria para que la nacion fuese en adelante libre en el interior del reino y quedase triunfante en lo exterior. El mismo rey volvió á su palacio aliviado del cruel peso de su irresolucion. Muchas angustias habia costado á su corazon declarar la guerra á sus aliados y á sus mismos hermanos. Parecíale que el sacrificio que hacia de sus sentimientos mereceria el reconocimiento de la Asamblea, é iden-

tificándose de este modo con la causa nacional, se lisonjeaba de volver á alcanzar al ménos la justicia y el amor de su pueblo. La Asamblea se separó sin deliberar, dando algunas horas de tregua, ménos á la reflexion que al entusiasmo.

IV

Pastoret, uno de los principales jefes de los fuldenses, fué el primero que se declaró partidario de la guerra en la sesion de aquella noche. «Se nos echa en cara—dijo—que queremos votar la efusion de sangre humana en un acceso de entusiasmo. ¿Es acaso hoy el primer dia que se nos provoca? Hace ya cuatrocientos años que la casa de Austria viola todos los tratados entre ella y Francia. Hé aquí los motivos poderosos que nos impulsan á obrar de este modo. No estemos indecisos por más tiempo: la victoria será fiel á la causa de la libertad.»

Becquet, realista constitucional y orador reflexivo y valiente, fué el único que se atrevió á hablar en contra de la declaracion de guerra. «En un país libre—dijo—no se hace la guerra sino para defender la nacion ó su Constitucion. La nuestra ha nacido ayer, y es preciso que haya mucha tranquilidad para que pueda arraigarse. Un estado de crisis cual lo ofrecen todas las guerras, es enteramente opuesto á los movimientos regulares del cuerpo político. Miétras vuestros ejércitos estén peleando en país extranjero, ¿quién será el que contenga las facciones interiores? Se os halaga diciéndoos que no teneis que combatir sino al Austria, y se os promete la neutralidad de las demas potencias del Norte; pero no os hagais una ilusion que puede seros muy funesta. Inglaterra no puede permanecer neutral, y si las necesidades que crea la guerra os conducen á insurreccionar á Bélgica ó invadir á Holanda, aquella potencia se unirá á Prusia para sostener el partido del stathouder contra vosotros. No cabe duda en que Inglaterra ve gustosa la libertad que acabais de establecer en vuestro país; pero la vida de esta nacion consiste en su comercio, y no puede abandonarle en los Países Bajos. Aguardad á ser atacados, y el espíritu de los pueblos combatirá entónces por vosotros, porque la justicia de vuestra causa valdrá tanto como ejércitos enteros. Pero si se logra haceros aparecer á los ojos de las demas naciones como un pueblo inquieto y conquistador que no puede vivir sino en medio de los disturbios y de la guerra, aquéllas se apartarán de vosotros horrorizadas. Ademas, ¿no es la guerra la única esperanza de los enemigos de la revolucion? ¿Por qué les hemos de proporcionar el gozo de ser nosotros mismos los que se la ofrezcamos? Los emigrados, despreciables é impotentes ahora, se convertirán en unos hombres peligrosos el dia en que puedan apoyarse en los ejércitos de nuestros enemigos.»

Este discurso sensato y profundo fué interrumpido por las risas irónicas y por los insultos de la Asamblea, y terminó en medio de los silbidos de las tribunas. Se necesita todo el heroísmo que da la conviccion para combatir la guerra en una Cámara francesa. Bazire, amigo de Robespierre, pidió, como habia pedido Becquet, que era amigo del rey, algunos dias para reflexionar ántes de votar el derramamiento de sangre. «Si os decidís por la guerra,—dijo,—al ménos hacedla de suerte que no vaya envuelta en una traicion.» Algunos aplausos indicaron que la alusion republicana de Bazire habia sido comprendida, y que era preciso ante todo separar á un rey y á unos generales que eran sospechosos. «No, no,—dijo Mailhe;—

no perdais una hora en decretar la libertad del mundo entero.» «Apagad las teas de vuestras discordias en el fuego de los cañones y de las bayonetas»,—añadió Dubayet. «Pido que no se levante la sesión hasta terminar este negocio»,—dijo Brissot. «Declarad la guerra á los reyes y la paz á las naciones»,—exclamó Merlin. En consecuencia, votóse la guerra.

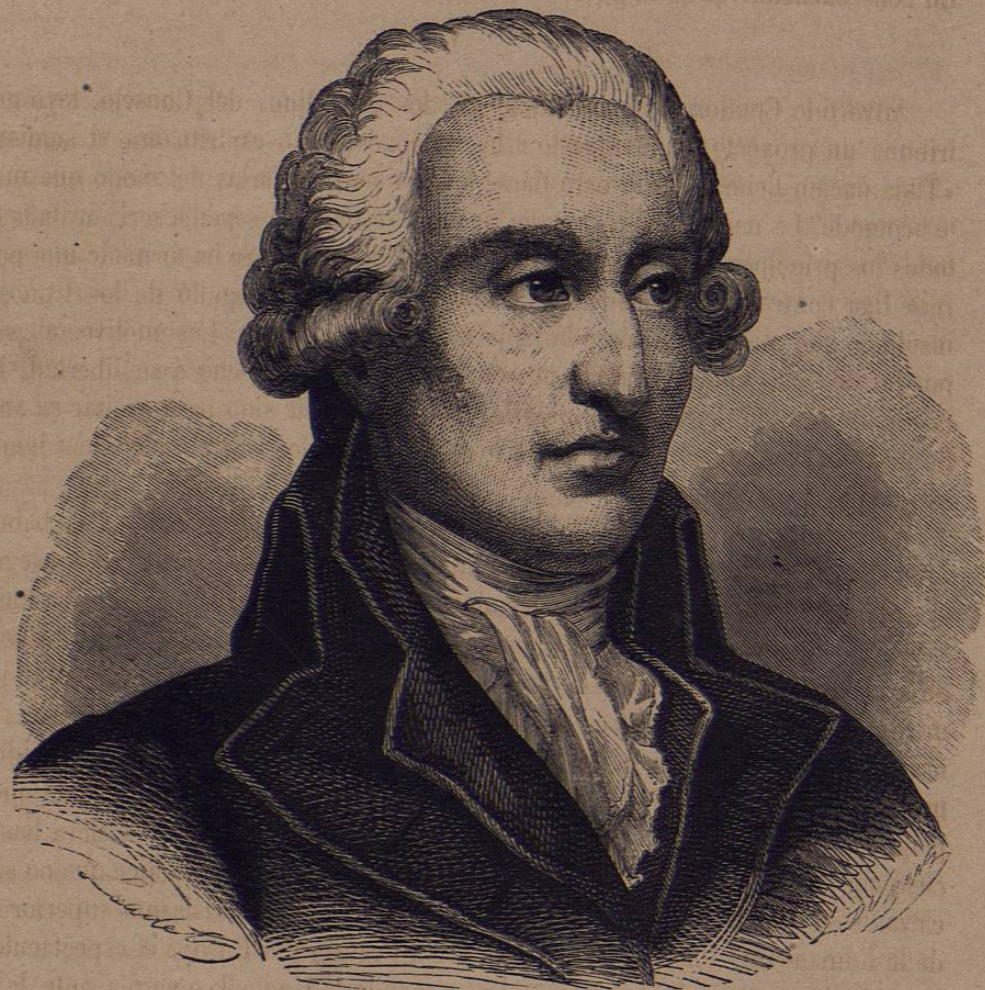
V

Advertido Condorcet de antemano por los girondinos del Consejo, leyó en la tribuna un proyecto de manifiesto á las naciones, cuyo espíritu era el siguiente: «Toda nacion tiene derecho para darse leyes y para variarlas del modo que mejor le acomode. La nacion francesa creia que una verdad tan sencilla sería acatada por todos los príncipes, pero esta esperanza ha salido fallida. Se ha formado una poderosa liga contra la independencia francesa, y nunca el orgullo de los tronos ha insultado con mayor audacia á la majestad de las naciones. Los motivos alegados por los déspotas contra Francia no son sino un ultraje hecho á su libertad. Este insultante orgullo, léjos de intimidarla, no puede servir sino para excitar su valor. Se necesita tiempo para disciplinar á los esclavos del despotismo; cualquier hombre es soldado para combatir la tiranía».

Vergniaud, primer orador de la Gironda, fué el último en subir á la tribuna. «Debeis á la nacion—dijo—el adoptar todos los medios necesarios para asegurar el éxito de la grande y terrible determinacion con que habeis señalado este memorable dia. Recordad el de aquella confederacion general en que todos los franceses ofrecieron su vida en defensa de la libertad y de la Constitucion. Recordad el juramento que prestásteis vosotros mismos, el 14 de Enero, de sepultaros bajo las ruinas de este templo ántes de consentir en la menor capitulacion, ni en que se hiciese ni una sola modificacion á la ley que nos rige. ¿Cuál es el corazon de hielo que no palpita en estos momentos supremos, cuál el alma tan fria que no se eleva hasta el cielo con las aclamaciones del gozo universal, quién el hombre apático que no siente elevarse su ser y aumentarse sus fuerzas con un noble entusiasmo superior á las de la humanidad? Pues bien, dad otra vez á Francia y á Europa el espectáculo imponente de vuestras fiestas nacionales, y manifestad aquella energía ante la cual caen las Bastillas. Haced que resuenen por todos los ángulos del imperio estas sublimes palabras: *¡Vivir libres, ó morir! ¡La Constitucion en toda su integridad y sin modificaciones, ó la muerte!* Que estos gritos lleguen hasta el pié de los tronos coligados contra vosotros; que aprendan por ellos que en vano se cuenta con nuestras divisiones interiores, porque cuando la patria está en peligro, ya no estamos animados sino de una sola pasion, que es la de salvarla ó perecer por ella; que sepan, finalmente, que si la fortuna fuese contraria en los combates á una causa tan justa como la nuestra, podrian insultar nuestros cadáveres, pero no lograrían jamás encadenar un solo frances.»

VI

Estos líricos acentos de Vergniaud resonaron en Berlin y en Viena. «Acaban de declararnos la guerra,—dijo el príncipe de Kaunitz al de Galitzin, embajador de Rusia, en el cuarto del emperador;—esto es lo mismo que si os la hubiesen



CONDORCET.

declarado á vosotros.» Dióse entónces el mando de los ejércitos reunidos al duque de Brunswick. Los dos príncipes no hicieron en esto sino ratificar la eleccion de Alemania, porque la opinion pública era la que le habia nombrado para aquel elevado puesto. Alemania se mueve con lentitud, y las confederaciones no son las más propias para las guerras repentinas. Abrióse la campaña por parte de los franceses ántes que Prusia y Austria hubiesen preparado sus armamentos.

Dumouriez habia contado con aquella pesadez de las dos monarquías alemanas. La habilidad de su plan consistia en dividir la coalicion en dos trozos y en invadir bruscamente á Bélgica ántes que Prusia pudiese acudir allí á contener el golpe. Si Dumouriez hubiese podido ejecutar su plan así como habia sido capaz de inventarlo, no habia remedio para Bélgica y Holanda; pero Lafayette, que fué el encargado de llevar á cabo la invasion á la cabeza de cuarenta mil hombres, no tenia ni la temeridad ni el arrojo de aquel célebre guerrero. General de opinion más bien que de ejército, si estaba acostumbrado á mandar batallones de paisanos en la plaza pública, no lo estaba á mandar soldados en campaña. Dotado de valor personal, amado de las tropas, pero más ciudadano que militar, habia hecho la guerra de América con pelotones de hombres libres, pero no con masas indisciplinadas. Toda la estrategia militar de Lafayette consistia en no comprometer á sus soldados, en defender con intrepidez las fronteras, en morir generosamente en aquellas nuevas Termópilas, en arregar heroicamente á los guardias nacionales y en apasionar á sus tropas en pro ó en contra de las opiniones. La audacia y las estratagemas de las grandes guerras, en que se arriesga mucho por salvarlo todo, y en que se deja descubierta por un momento una frontera para ir á herir en el corazon de un imperio, no era conveniente á sus hábitos, y ménos todavía á su situacion. Lafayette, á pesar de hallarse mandando un ejército, habia permanecido jefe de partido, y al mismo tiempo que hacia frente al enemigo, dirigia continuamente sus miradas hácia lo interior. No cabe duda en que necesitaba adquirir gloria para sostener su influencia y para reconquistar aquel papel de árbitro de la revolucion que empezaba á huírsele de las manos; pero lo que le interesaba principalmente era no comprometerse. Una derrota le hubiese perdido, y él no lo ignoraba. El que no se arriesga á ser derrotado, jamás obtiene la victoria. Lafayette era el general de la temporizacion, y hacer perder el tiempo á la revolucion era quitarle toda su fuerza. La de las masas indisciplinadas consiste en su impetuosidad; el que no las tiene en continuo movimiento, las pierde irremisiblemente. Dumouriez, impetuoso como la irrupcion, estaba penetrado por instinto de esta verdad. Este se esforzó, en las conferencias que precedieron al nombramiento de los generales, en inspirársela á Lafayette. A pesar de todo, le puso á la cabeza del principal cuerpo de ejército que debia penetrar en Bélgica, considerando á este general como el hombre más á propósito para fomentar las insurrecciones populares y para cambiar la guerra en revolucion en las provincias belgas. Sublevar á Bélgica en favor de la libertad francesa y hacer su independenciam solidaria de la de ésta, equivalia á arrancarle el Austria y á volverla contra nuestros enemigos.

Segun el plan de Dumouriez, los mismos belgas eran los que debian conquistarnos Bélgica; las cenizas de la insurreccion estaban mal apagadas en aquellas provincias, y los primeros pasos que diese en ellas el ejército frances debian avivarlas de nuevo.